

Notas para introducir la cuestión de **La belleza en el camino hacia Dios**.

Isabel María León Sanz. XII Curso de Actualización: Cuestiones Teológicas y Pedagógicas de actualidad. ISCR, Pamplona 26-5-2015.

[Introducción: relevancia educativa del arte]

Nos encontramos en el Museo de la Universidad de Navarra. Es éste un gran proyecto, a través del cual se busca integrar la dimensión estética y artística en la formación universitaria. Con este objetivo se recupera de forma concreta uno de los elementos que desde la antigüedad caracterizó la educación: se trata de la formación en las llamadas artes liberales. En la antigua Roma inspiró la estructura docente del *trivium* y el *quadrivium*; y este mismo plan fue adoptado en la enseñanza de las escuelas medievales, bajo el impulso del renacimiento carolingio. El nacimiento de las primeras universidades, a comienzos del siglo XIII, supuso la consolidación de la formación artística como primera fase de la enseñanza superior, ya que constituyó la puerta de acceso a las distintas facultades: todos los alumnos, fueran de Derecho, Teología o Medicina, debían cursar previamente los estudios de Artes. Si bien el conjunto de esas disciplinas no coincidía con nuestra actual comprensión de las bellas artes, entre ellas se encontraban la música, la retórica o la astronomía, a través de las cuales los estudiantes aprendían a gustar y a gozar con la belleza del canto, la poesía, la secuencia de un discurso coherente y ordenado, o la armonía que preside los movimientos en la inmensidad del cielo estrellado. Se familiarizaban con las leyes que rigen la belleza de esas realidades y comprendían de forma casi intuitiva cómo se integran en ellas inteligibilidad y sensibilidad, materia y espíritu, unidad y variedad, semejanza y diferencia, orden y contraste. Hay en los seres una pluralidad de significados que no son excluyentes sino que recíprocamente se enriquecen. Y la mirada del hombre se amplía y adquiere profundidad cuando aprende a descubrir esa riqueza, buscando las claves de la auténtica sabiduría.

Recuperar esta inspiración en una institución universitaria supone una contribución decisiva para un nuevo humanismo, ya que abre un camino para que el hombre trascienda los confines en los que el paradigma tecnocrático ha aislado la racionalidad. Como describe el Papa Francisco en su encíclica *Laudato si*, actualmente las ciencias suelen “encerrarse en los límites de su propio lenguaje, y

la especialización tiende a convertirse en aislamiento y en absolutización del propio saber” (LS, n. 201). La razón se ha ido atomizando entre objetivos cada vez más especializados, desde los que carece de visión panorámica; se ha vuelto miope para contemplar la interconexión y armonía entre los saberes. Como afirma Francisco en la misma encíclica, “no se puede sostener que las ciencias empíricas explican completamente la vida, el entramado de todas las criaturas y el conjunto de la realidad”, por la limitación que les impone su propia metodología; pero “si se reflexiona con ese marco cerrado, desaparecen la sensibilidad estética, la poesía, y aun la capacidad de la razón para percibir el sentido y la finalidad de las cosas” (LS, n. 199). Frente a esa incomunicación reductiva, el cultivo de las artes y la contemplación de la belleza permiten ampliar el horizonte del intelecto, capacitándonos para aprehender toda la riqueza de sentidos que poseen las realidades y situaciones.

“El mundo –sigue diciendo el Papa– es algo más que un problema a resolver, es un misterio gozoso que contemplamos con jubilosa alabanza” (LS, n. 12). Por eso, aprender a contemplar la belleza nos ayuda a “incluir en nuestro obrar una dimensión receptiva y gratuita”, y así, se preserva la acción humana “no sólo del activismo vacío, sino también del desenfreno voraz y de la conciencia aislada que lleva a perseguir sólo el beneficio personal” (LS, n. 237). En consecuencia, Francisco propone “prestar atención a la belleza y amarla” como camino que “nos ayuda a salir del pragmatismo utilitarista”: una adecuada educación estética, precisamente porque enseña a percibir y a apreciar lo bello, evita que el hombre se abandone a una lógica de uso y abuso sin escrúpulos, y le lleva a abrir los ojos al valor que posee cada ser en sí mismo, en primer lugar cada una de las personas (cfr. LS, n. 215).

Por otra parte, interesa añadir que la actividad artística ayuda a comprender de modo experimental que razón, imaginación, pasión, voluntad, no constituyen ámbitos disociados sino que intervienen articuladamente en la conducta y el trabajo humano. A través del trabajo, las ideas se encarnan en realidades: las organizan contando con su propio modo de ser y a la vez les otorgan una nueva configuración. De este modo, el conocimiento del arte forja a los estudiantes en un sano realismo, alejándolos de ensueños idealistas y mostrándoles, a un tiempo, tanto la sujeción como el señorío del hombre sobre la naturaleza.

De modo más próximo al tema que nos reúne en este auditorio, conviene mencionar el hecho de que entre los agentes naturales, el hombre es el único artista: sólo él puede producir libremente objetos a los que proporciona una formalidad nueva, origen de un nuevo significado y capacidad operativa. Al llevar a cabo esta tarea, su creatividad es limitada, pero verdadera. Y cuando el ser humano se conoce a sí mismo en su dignidad de artífice, se dispone a comprenderse como portador de la imagen del Artista divino, creador de todo el universo, y a responder a su vocación de colaborador de Dios en el perfeccionamiento y embellecimiento de lo que existe. A través de su trabajo, el hombre artífice está llamado a plasmar en sus obras posibilidades inéditas de expresión de la infinita Verdad, Bondad y Belleza divina. De este modo, comprender el propio trabajo como un servicio a la belleza es entenderlo en último término como un cauce de desvelamiento de Dios.

[actualidad de la via pulchritudinis en el camino hacia Dios]

Esta última idea nos introduce en el objeto de esta sesión. El marco de esta reunión es el Curso de actualización organizado por el Instituto Superior de Ciencias Religiosas, y el elemento que cohesiona a los participantes es el deseo de profundizar en el conocimiento de la fe para transmitirla con más convicción y eficacia; para la mayoría de vosotros a través de la enseñanza de la Religión en el ámbito escolar, aunque no de forma exclusiva. Por este motivo, en esta presentación vamos a apuntar algunas facetas de la *vía pulchritudinis*, que se abre como camino maestro para acceder a Dios.

De hecho, se trata de un acceso que siempre ha permanecido abierto en la historia de la humanidad, y como tal se recoge en la Sagrada Escritura. En el capítulo 13 del libro de la Sabiduría se indica que es tal la fuerza que posee la belleza para seducir y cautivar el corazón de los hombres que, cuando buscan a Dios, encuentran en la hermosura de las cosas el eco más claro de la Divinidad. Por eso el hagiógrafo propone la grandeza y hermosura de las criaturas como camino expedito para contemplar, por analogía, a su Autor divino.

Testigo de excepción en este recorrido es S. Agustín, que describió su itinerario de conversión como la búsqueda de la plena belleza de Dios a partir de las bellezas limitadas de las criaturas. Nos ha dejado una apasionada confesión

autobiográfica: “Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Tú estabas dentro de mí y yo fuera, Y fuera te andaba buscando ... y me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas... Me tenían prisionero lejos de ti aquellas cosas que, si no existieran en ti, serían inexistentes ... Relampagueaste, resplandeciste, y tu resplandor disipó mi ceguera” (*Confesiones*, X, 27, 38). S. Agustín comprendió con especial lucidez que la belleza de lo creado es el testimonio más precioso de su Artífice. En su finitud, la hermosura de las criaturas despierta en el corazón humano la nostalgia del infinitamente Bello, que es el único que puede calmar nuestros anhelos.

Agustín no es un caso aislado, sino que muestra una constante a lo largo de la historia de nuestra fe. Hugo de S. Víctor y S. Buenaventura, por ejemplo, consideraban que la belleza de las criaturas es la representación más evidente de Dios, y la que nos acerca de forma más próxima al misterio de su Ser¹.

Esta realidad han sabido expresarla con gran belleza los santos poetas. Por ej, decía S. Francisco en el *Cántico de las criaturas*:

«Alabado seas, mi Señor,
con todas tus criaturas,
especialmente el hermano sol,
por quien nos das el día y nos iluminas.
Y es bello y radiante con gran esplendor,
portador de tu significación, oh Altísimo...”

De modo semejante, S. Juan de la Cruz compendia en unos pocos versos del *Cantico espiritual* la presencia del divino Artífice en sus obras:

“Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura
y, yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de su hermosura.”

Como señalaba San Josemaría, primer Gran Canciller de esta Universidad, “la fe cristiana nos lleva a ver el mundo como creación del Señor”, y “a apreciar,

¹ HUGO DE S. VÍCTOR, *De eruditione didascalica*, VII, c. 16 (PL 176, 824): “Unde constat quod plus evidens simulacrum est decor creaturarum... Simulacrum ergo decoris immensitatem pariter et utilitatem in cognitione praecedat, et propterea in cognitione prius est, quia in manifestatione est evidentius”. S. BUENAVENTURA, *Itinerarium mentis in Deum*, c. 2, n. 10 (V, 302).

por tanto, todo lo noble y todo lo bello”². Es éste uno de los rasgos más característicos del espíritu cristiano.

En las últimas décadas, el camino de la belleza ha ido adquiriendo un protagonismo cada vez más relevante en la reflexión teológica y como camino de evangelización. Lo bello posee una peculiar relación con el gozo y el amor, con el asombro ante algo más grande que nosotros, que eleva la mirada hacia el horizonte de nuestras aspiraciones. Pero además, hoy se manifiesta como vía particularmente idónea para la mentalidad contemporánea, tras los sufrimientos devastadores que desde el siglo pasado han provocado las ideologías totalitarias y las distintas versiones del relativismo nihilista. En medio del dolor sufrido, el ser humano parece vacilar entre el escepticismo y la esperanza. Y al servicio de la esperanza se sitúa el trabajo de los artistas, como señalaba el Concilio Vaticano II, en el mensaje que les dirigió al concluir sus sesiones: “este mundo en el que vivimos necesita belleza para no precipitarse en la desesperación. La belleza, como la verdad, es lo que infunde alegría en el corazón de los hombres, es el fruto precioso que resiste a la degradación del tiempo, que une a las generaciones y las hace comulgar en la admiración”³.

Una vida que se desarrolle en las coordenadas del llamado pensamiento débil postmoderno puede quedar clausurada en los límites de la superficialidad y la desorientación, que sofocan las mejores capacidades de la persona. Frente a esa reducción alienante, la contemplación de la belleza en la naturaleza, en el arte o en la bondad puede actuar como impulso que remueva la banalidad y apunte, más allá de las necesidades inmediatas, hacia las realidades que dan sentido a la vida; puede conducir al hombre a recuperar la conciencia de su dignidad y llevarle a intuir de nuevo el misterio de Dios.

Un Papa de exquisita sensibilidad estética como era el beato Pablo VI, animaba a contemplar el cuadro “...el muy interesante cuadro de la dramática historia de la humanidad, de la que emerge la historia de la redención, la historia de Cristo, de nuestra salvación, [...] Si se sabe contemplar bien este cuadro, es imposible no quedar fascinados: todo tiene un sentido, todo tiene un fin, todo tiene

² S. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 99.

³ PABLO VI, *Mensaje a los artistas* (8 diciembre 1965), en AAS 58 (1966), p. 13.

un orden [...] el universo se nos presenta como una preparación entusiasmante y embriagadora de algo mucho más bello y mucho más perfecto”⁴.

En la misma línea, San Juan Pablo II decía en la Carta que dirigió a los Artistas: “Toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo”. “La belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente. Es una invitación a saborear la vida y a soñar el futuro. Por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo y suscita esa secreta nostalgia de Dios que un enamorado de la belleza como san Agustín supo interpretar de manera inigualable [...]. Os deseo, artistas del mundo, que vuestros múltiples caminos conduzcan a todos hacia aquel océano infinito de belleza, en el que el asombro se convierte en admiración, embriaguez, gozo indecible”⁵. También Benedicto XVI, reuniendo a representantes de distintas artes en la Capilla Sixtina, subrayó la dimensión trascendente de la belleza; les decía: “La experiencia de lo bello, de lo auténticamente bello, de lo que no es efímero ni superficial, no es accesorio o algo secundario en la búsqueda del sentido y de la felicidad, porque esa experiencia no aleja de la realidad, más bien lleva a afrontar de lleno la vida cotidiana para liberarla de la oscuridad y transfigurarla, para hacerla luminosa, bella. Una función esencial de la verdadera belleza, de hecho ya expuesta por Platón, consiste en provocar en el hombre una saludable "sacudida", que le haga salir de sí mismo, le arranque de la resignación, de la comodidad de lo cotidiano, le haga también sufrir, como un dardo que lo hiere pero que le "despierta", abriéndole nuevamente los ojos del corazón y de la mente, poniéndole alas, empujándole hacia lo alto”⁶.

Haciéndose eco de estas intuiciones, el Consejo Pontificio de la Cultura propuso en 2006 la *via pulchritudinis* como medio indispensable para el diálogo evangelizador de los cristianos en el mundo contemporáneo⁷. En el documento que recogió sus conclusiones se puso de manifiesto la dificultad que hoy encuentran muchos para acoger la enseñanza de la Iglesia, entre otras razones, por el subjetivismo difundido en las sociedades occidentales, que ha provocado

⁴ PABLO VI, “Líbranos del mal”, 15-XI-1972, en *Enseñanzas al pueblo de Dios*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1978, IV, p. 183.

⁵ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, nn. 6 y 16 (cfr. AAS 91 (1999), pp. 1171-1172).

⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso a los artistas* (21-11-2009).

⁷ Pontificio Consejo de la Cultura, *Via pulchritudinis. Camino de evangelización y diálogo*, Asamblea plenaria de 2006, BAC, Madrid 2008.

cierta incapacidad para razonar en común sobre la verdad y el bien. Explicaba que “Con demasiada frecuencia, en estos últimos decenios, la verdad se ha resentido de la instrumentalización a que la han sometido las ideologías, y la bondad se ha visto reducida a su dimensión horizontal, a mero acto social”⁸; de este modo, en cierta medida ambas se han vuelto opacas para la conciencia de muchas personas. En esta situación, considerar la belleza propia de la verdad y de la bondad puede despertar de nuevo la capacidad de reconocer su luminosidad y amabilidad.

Además, se advierte que en estas culturas, en parte como consecuencia del desarrollo tecnológico, se ha potenciado el aprecio por las imágenes y la consideración simbólica de la realidad, con los que se relaciona más directamente la categoría de lo bello; por eso es un aspecto hacia el que la sensibilidad actual muestra más afinidad. Ahora bien, la experiencia auténtica de la belleza no puede dejar de conducir a la verdad y al bien, de los que, en definitiva, es indisoluble⁹, por eso su contemplación puede llevar a recuperar hoy más fácilmente el acceso a Dios, que es la suma Verdad, Bondad y Belleza; y, además, hacer más amable y gozoso ese recorrido.

Puede decirse que la percepción de la belleza ha experimentado –al igual que la verdad o el bien– las consecuencias del subjetivismo y del empirismo gnoseológico, especialmente en los dos últimos siglos. Pero esto no es algo nuevo: la relatividad de lo bello fue ya tema de discusión en la antigüedad, en diálogo con los sofistas griegos. Esa posición presenta aspectos verdaderos en la medida en que subraya que necesariamente interviene un elemento subjetivo en la contemplación de la belleza; es evidente que no todo el mundo tiene los mismos gustos ni la misma sensibilidad ni la preparación oportuna para apreciarla; y también desde el punto de vista objetivo, en cuanto pueden señalarse formas de belleza muy variadas. Ahora bien, precisamente por esa amplitud, lo bello puede resultar un camino más asequible para el hombre contemporáneo, porque conduce

⁸ *Ibidem*, p. 40.

⁹ Como señalaba Juan Pablo II respecto al vínculo entre bondad y belleza: “la belleza es en un cierto sentido *la expresión visible del bien*, así como el bien es *la condición metafísica de la belleza*. Lo habían comprendido acertadamente los griegos que, uniendo los dos conceptos, acuñaron una palabra que comprende a ambos: «*kalokagathia*», es decir «*belleza-bondad*». A este respecto escribe Platón: «La potencia del Bien se ha refugiado en la naturaleza de lo Bello» (*Filebo* 65 A)” (cfr. *Carta a los artistas*, n. 3, en AAS 91 (1999), p. 1138).

hacia la verdad y el bien a través de una diversidad multiforme de senderos que implican diferencia y complementariedad, a la vez que convergen en un fundamento común. Esta faceta hace también particularmente idóneo el camino de la belleza para mostrar la verdad del mensaje cristiano hoy, en nuestro mundo globalizado.

[algunas ideas para introducir en qué consiste la via pulchritudinis]

¿Cómo recorrer esta vía en la nueva evangelización? Hay que entender bien que no se reduce a una mera cuestión formal. No se trata de emplear alusiones a lo bello como simple adorno de la exposición, como añadido ajeno sin fuerza argumentativa; o de utilizar expresiones poco precisas, abusando de imágenes y metáforas cuyo alcance no está determinado con claridad, o incluso podrían resultar deficientes para explicar un determinado misterio de la fe.

Tampoco consiste simplemente en atraer con la belleza del discurso para hacer amable el contenido expresado. Esto es necesario: una presentación tediosa desmerece de la verdad y de la bondad; en cambio, la belleza de la expresión hace amable lo expresado y despierta el interés del interlocutor. Sin embargo, no es suficiente.

La idoneidad de este camino radica en una realidad más profunda: se trata de que el mismo Dios, fuente de toda belleza, es Aquel a quien remiten en último término todas las bellezas finitas de la creación. Entonces esta vía se fundamenta, por una parte, en la misma estructura de la realidad, ya que todas las cosas son objeto del arte divino y expresan en su mismo modo de ser alguna semejanza de la Belleza infinita de su Artífice. Y además se basa en el hecho de que el hombre –imagen de Dios– es el ser capaz de la belleza. Decía S. Agustín que el hombre es capaz de Dios porque es su imagen: es por tanto capaz de la Belleza con mayúscula. Por naturaleza ama lo bello, y es “capturado” por la belleza allí donde la reconoce.

Ciertamente, como consecuencia del pecado original, la persona experimenta un desorden interior y un entorpecimiento de sus facultades; asimismo, se ha enturbiado la diafanidad expresiva que poseían los seres en el origen, antes de la caída. S. Buenaventura empleaba el símil de un cuadro y

explicaba que ahora podemos conocer las cosas como pintura o como imagen¹⁰; es decir, podemos conocer su belleza propia sin más, haciendo abstracción de lo representado, o comprender además que en su mismo modo de ser transparentan una semejanza de su Artífice infinitamente bello. De este modo, es posible quedarse prendido en la belleza de lo creado sin descubrir la referencia de esa hermosura a su Creador. Pero entonces, el universo permanece sin explicación radical, se desconoce el fundamento que da razón de lo que existe.

En cualquier caso, aunque una persona todavía no diera el paso a la trascendencia, lo bello conserva una fuerza que dignifica y eleva al ser humano, como eco de una llamada originaria. Y en este sentido, pensaba Hugo de S. Víctor que una vida privada de lo bello sería inhumana¹¹.

¿Desde dónde iniciar este camino de ascenso? A partir de las realidades bellas que conocemos. Podemos reunir estos puntos de partida en torno a tres campos: la belleza de la creación, la belleza de las artes y la belleza de la santidad¹². A las dos primeras nos hemos referido ya en algún momento de la exposición. El Artista infinitamente bello se ha expresado a Sí mismo en sus obras, ha creado el universo como un poema expresivo de su belleza, dirigido a los seres humanos para que en la belleza multiforme de lo creado puedan descubrir las huellas de su infinito amor y sabiduría.

También hemos aludido al trabajo artístico como desvelamiento de dimensiones inéditas de la belleza divina. Y para la tarea de la evangelización y la catequesis, tiene especial relevancia el arte sacro, que constituye un lenguaje que plasma las verdades de la fe con particular fuerza expresiva, y capacidad de sintonizar con la mentalidad de las distintas generaciones a lo largo de la historia. Poesía, arquitectura, música, pintura, escultura, cine: son vehículos privilegiados para presentar los misterios de la fe con una gran riqueza de matices e intuiciones.

¹⁰ S. BUENAVENTURA, *I Sent.*, d. 3, p. 1, a. un., q. 2 (l, 72): “*Si autem cognoscatur [creaturas] quoad perfectionis, sic potest esse dupliciter, sicut pictura dupliciter cognoscitur: aut sicut pictura, aut sicut imago; unde aut sistitur in pulchritudine creaturae, aut per illam tenditur in aliud. Si primo modo, tunc est via deviationis ... Si secundo modo, prout est via in aliud, sic est ratio cognoscendi per superexcellenciam, quia omnis proprietas nobilis in creatura Deo est attribuenda in summo*”.

¹¹ HUGO de S. VÍCTOR, *De eruditione didascalica*, VII, c. 12 (PL 176, 821): “*adeo, ut si his careat vita humana, bestiis comparabilis videatur*”.

¹² Cfr. Pontificio Consejo de la Cultura, *La via pulchritudinis, camino de evangelización y diálogo*, III. Las vías de la belleza, cit., pp. 50-ss.

Y no se trata sólo de la enseñanza, sino de la piedad: las obras de arte sacro nos ayudan a conocer a Cristo, facilitan la oración y a la contemplación, ayudan a entablar una relación de amistad con Dios, lo muestran en su cercanía y sublimidad. De modo privilegiado, esto acontece en la liturgia, donde la dignidad y la belleza del culto se ordena a hacer palpable el misterio de la mismísima actuación divina sacramental.

Pero no podemos concluir esta intervención sin mencionar la belleza de la santidad, cuyo modelo y prototipo es Cristo, el Verbo encarnado y redentor, por quien fueron hechas todas las cosas, por quien han sido recreadas, y serán definitivamente renovadas en su última venida. La santidad cristiana nos configura con la belleza de Cristo, y éste es el testimonio primero y más urgente que necesita nuestro mundo de hoy. Como decía Benedicto XVI a los jóvenes reunidos en Colonia: “A mí, en cambio, me gustaría que comprendiesen que estar sostenidos por un gran amor y por una revelación no es una carga: nos da alas, y es hermoso ser cristiano. Esta experiencia nos ensancha el corazón [...] El gozo de ser cristiano: es hermoso y también es justo creer”¹³. La belleza de la vida de un cristiano hace visible la belleza de la gracia, y hace resplandecer ante los hombres la acción del Espíritu Santo, que nos cristifica. “El santo es aquel que está tan fascinado por la belleza de Dios y por su verdad perfecta que es progresivamente transformado”¹⁴. Por eso la Santísima Virgen, Inmaculada, llena de gracia, Espejo sin mancha de la santidad divina, es la Tota Pulchra: la Virgen María y los santos “son los reflejos luminosos y los testigos atractivos de la belleza singular de Cristo, belleza del amor infinito de Dios que se da y se comunica a los hombres. Éstos reflejan, cada uno a su manera, como prismas de un cristal [...] la luz y la belleza originaria del Dios de amor. [...] Esta belleza, acogida plenamente en el corazón y la mente, ilumina y guía la vida de los hombres y sus acciones cotidianas”¹⁵.

Muchas gracias.

¹³ BENEDICTO XVI, Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, Homilía, 14-8-2005.

¹⁴ BENEDICTO XVI, Homilía, 23-10-2005.

¹⁵ Pontificio Consejo de la Cultura, *Via pulchritudinis. Camino de evangelización y diálogo*, Asamblea plenaria 2006, cit., p. 70.